

COLABORACION DE LA VANGUARDIA

LAS LENGUAS DE MAÑANA (5)

HABLAR COMO QUERER

¿NO estaremos desorbitando el problema?

Puede que algún lector lo crea así. Sería un lector «precipitado», sin duda. Pero no: el problema es tan grave como digo, y aún mucho más. Temo que mi exposición se resienta, ante todo, de superficial y corta: me dejo en el tintero conflictos, dificultades y aspectos no menos importantes que los ya reportados. Lo que ocurre es que, por regla general, apenas nos damos cuenta de lo que «vale» el idioma nuestro de cada día, y por consiguiente, no acabamos de calibrar las posibles consecuencias del trance.

De hecho, sólo nos avenimos a reconocer el «valor» de un idioma cuando le vemos, un poco supersticiosamente, como objeto humanístico. Es el momento de invocar la instancia de nombres solemnes, y «nuestra» lengua se transforma en «lengua - de - alguien - muy - campanudo»: «la lengua de Shakespeare», «la lengua de Cervantes», «la lengua de Montaigne», «la lengua de Ausias March», «la lengua de Goethe», «la lengua de Dante...» Con ello «admitimos» que el lenguaje habitual no es únicamente un mero utensilio para ir tirando, sino una «materia noble» en la que se encarnan episodios espléndidos del espíritu humano. Pero la constatación no obliga demasiado. Y, además, huele a cátedra, a arrogancia patriótica, a naftalina: a deliberaciones conservadoras, en suma.

«Hablar...» El monsieur Jourdain de Molière no sabía que hablaba «en prosa», y quedó estupefacto al descubrirlo. Hace más de tres siglos que nos sonreíamos de su ingenuidad. Sin embargo, nosotros ni siquiera sabemos que «hablamos». No llegamos a hacernos cargo de lo que es «hablar». ¿Entendernos, hacernos entender? En caso de apuro, dos personas pueden entenderse por señas o con cuatro gritos ingeniosamente modulados. En el restorán o en la tienda, a falta de intérpretes, la «comprensión» de urgencia suele producirse de cualquier modo. Eso no es hablar. Como «casi» tampoco es hablar el intercambio de unas cuantas frases de manual. Ni lo es eso que todos hacemos, en la mayoría de nuestros tejemanejes de rutina, cuando nos servimos del volapuk exangüe que flota en el aire urbano y comercial. Hablar es otra cosa. Si se me tolerase una definición apresurada, yo soltaría ésta: es sacarle provecho — el máximo provecho — a las palabras.

De ahí que no sea indiferente valerse de una lengua o de otra. Ni, menos, que sea igual una lengua que su espectro «básico» o su sucedáneo mixturizado. Vistas las cosas desde cierto ángulo — muy poco filosófico, desde luego —, cabría afirmar que no «hay» nada fuera de las palabras. Ni «ideas», ni «sentimien-

tos», ni «cálculos». Las mismas tentativas de reemplazar las palabras por signos gráficos — del álgebra a los símbolos químicos — no son una verdadera «substitución»: tras esos jeroglíficos cultos, cultísimos, la palabra se mantiene intacta, en todas sus valencias. En una página anterior he utilizado el término «dispositivo» para referirme a la eficiencia del idioma: «dispositivo», pues, en la acepción de «mecanismo para conseguir un resultado». ¿Una referencia burda? Tal vez. No lo discutiré. La lingüística actual — y en especial sus filósofos — lo dirían de una manera infinitamente más justa y más técnica. Pero yo he de contentarme con fórmulas expeditivas. Insisto: «dispositivo». Según el «mecanismo» de que disponemos, o de que dispongamos, será una u otra la posibilidad del «resultado». Por eso no existen dos lenguas que sean equivalentes en rigurosa exactitud. Y por eso, también, el mayor o menor dominio de una lengua condicionada — no digo «determina» — la sutileza o el vigor de «ideas», «sentimientos» y «cálculos».

La diferencia de idioma a idioma, a nivel más o menos «occidental» no parece excesiva. Todas las lenguas que giran en la órbita de la herencia greco-romana constituyen «dispositivos» bastante similares. Aunque no del todo. No es lo mismo fabricar metafísica en alemán que en francés, por ejemplo: Hegel o Heidegger disponían de palabras que carecen de simetría en el idioma de Descartes y de Bergson, y que lo digan sus heroicos traductores, que han tenido que sudar sangre para obtener correspondencias aproximativas. Pero, eso descontado, y ya es mucho descontar, el alemán y el francés, y el resto de los idiomas europeos y para-europeos se encuentran en situación de paridad. Habrá alguno, como el vasco, o como ciertos residuos balcánicos, que dan la impresión de un «primitivismo» inepto o paralítico: en realidad, no hay tal, y todo es un asunto de lubricantes escolares y literarios. Ahora bien: ¿qué pasa cuando el confrontamiento se plantea con el chino, o con un vernáculo del África ecuatorial, con el hebreo, con el árabe, con los lenguajes de la India?

Individuos de suntuosa solvencia nos aseguran que Aristóteles sería literalmente inimaginable, si, en vez del griego post-platónico, su «dispositivo» hubiera sido el bantú. Y Garaudy, ¿no manifestó unas dudas, ligeramente vehementes, acerca de un intelectual chino, de la China popular, pueda meterse de lleno en la dialéctica hegeliana y, por tanto, en la marxista?... Hay que admitirlo. Lo cual no implica ningún desdoro para el chino, ni quizá para el bantú desterrado de las ventajas aristotélicas. Garaudy llegaba a la conclusión de que los chinos parten de «otro con-

cepto» de la dialéctica, y por ello no coinciden — no se «entienden» — con sus correligionarios soviéticos. No se trata de otro «concepto», sino de otra «lengua»: o se trata de otro concepto porque media otra lengua. En esta hipótesis, media una lengua ajena a la tradición occidental, aristotélico-hegeliano-marxista (como podría ser aristotélico-tomista-misionera, o de cualquier seriación paralela). Las culturas no-occidentales — algunas — poseen «estilos de pensar» tan eminentes como los nuestros. Pero son «distintos». Lo que aquí interesa destacar es que sean, que son «distintos».

Y aun dentro de un mismo idioma, ¿no hay sus más y sus menos? Más de un observador discreto nos informa de que también hay «clases», en cuestión de lengua. Los «ricos» elaboran más «ideas», experimentan más «sentimientos» y hacen más «cálculos», que los «pobres». Ricos y pobres, aquí, lo son, no por el dinero, sino por el lenguaje: si bien no deja de haber alguna conexión sólida entre uno y otro. El indigente suele ser analfabeto; el acaudalado cuenta con posibilidades de ser culto. ¿Lo es todo, la «cultura» — el beneficio de la enseñanza, de los libros, del ocio meditando —, en punto a idioma? No, desde luego. No lo es todo, pero sí es mucho. Por muy indignante que suene y sea, es bastante lógico que un «rico» sufra más que un «pobre» ante la muerte de un «ser querido». El rico-culto «dispone» de más palabras, es decir, de más conciencia para su dolor. Que las ponga o no en uso es otra cuestión. Y que el dolor mudo, «inefable», del pobre-analfabeto sea inmenso, tampoco ha de ponerse en duda. Pero la palabra, la lengua, está ahí, interfiere, con todas sus ofertas. Y no olvidemos que la población poco «elocuente» recurre a los poetas — para la alegría o para la pena —, precisamente porque el poeta, hábil en la lengua, les proporciona la palabra que cada cual por sí mismo es incapaz de hablar...

Un idioma es... Bueno: en una cierta medida, nosotros somos en la medida que somos ese idioma. En nuestras palabras — las «disponibles» — reside una acumulación multiseccular de vivencias y de destrezas, gracias a la cual nos «expresamos». La expresión, interior o dirigida a otro, al otro, lo es todo. Ideas, sentimientos, cálculos... Tanto importa el «clásico» como el pueblo, y uno mismo asumiendo a ambos: al hablar, y hablar de veras, ponemos en juego una fabulosa energía social y personal.

Y eso es lo que está a punto de perderse: lo que estamos a punto de perder.

Joan FUSTER

LOS TRABAJOS Y LOS DIAS

¿MEDIOCRIDAD FRANCESA?

¡VIEJO y enfermo, seco, medita el señor Mauriac, oráculo petrificado de allisonantes reaccionarismos: «Desilusionado, este viejo pueblo? Si, verdaderamente. Todo el tiempo que hemos tenido a de Gaulle, nadie, ni incluso los que no le querían, ha tenido conciencia de nuestra disminución. De Gaulle poseía el don soberano de hablar y de actuar como si tuviera detrás de él un gran pueblo, agrupado, de nuevo poseedor de su poder de antaño, que era escuchado por las naciones más pequeñas así como por las más grandes. Pero los franceses fueron despertados de golpe por los acontecimientos de Mayo y después por la partida del general. Un sueño no vuelve a comenzar...» Medita, el áspero y viejo moralista. Vocea cada semana sus lucubraciones a través de su «Bloc-Notes». Es como si lo muerto — no los muertos — hablara, como si las cenizas pretendieran volver a ser fuego.

Curiosamente — o no tanto —, coincide con el anciano escritor la revista norteamericana «Time», sereno y satisfecho portavoz del poderío de su país. «The french face mediocrity», se titula su artículo, que comienza afirmando: «Es evidente que el complejo de inferioridad que sufre Francia actualmente proviene, en parte, de la marcha de Charles de Gaulle. El general, con su alta sñueta y sus discursos orgullosos, hacía soñar glorias y grandezas a su pueblo... Ahora Pompidou promete hacer de Francia una Suecia con un poco más de sol».

Mauriac, «Time», de Gaulle, Pompidou... Caminando por este París bello e invernal, viviendo en la «rive gauche» — exactamente en la Place Saint Michel — y pasando a la «rive droite» como paseante atento, tengo cada vez más la impresión de que entre la vida real, buliente, y la vida oficial, la de los dirigentes y de los sostenes de cualquier sistema establecido, se ha abierto un foso imposible de llenar ya. ¿Es que puede hablarse seriamente de la grandeza del general de Gaulle? Bajo su mandato sólo se consiguió, en rigor, que se gastaran cantidades enormes de dinero y que se cosecharan innumerables fracasos en política internacional. De Gaulle fue la ensoñación permanente, el teatro — gesto y palabra — al margen de la realidad. La mejor prueba de ello es que lo único que hace Pompidou es deshacer cuanto montó de Gaulle, desde su sistema de independencia nuclear hasta la política europea, pasando por el valor de la moneda.

¿Y cómo referirse a los hechos de mayo de 1968 igual que si hubieran sido extraña ducha fría? La erupción de mayo fue tanto una novedad cuanto una consecuencia: la momificación del Poder había llegado a una tal proporción que la rebelión y la protesta prendieron como una chispa en un bosque reseco, en esta misma proporción. A partir de entonces, el general fue un hombre sumamente desconcertado: en sus discursos sólo era capaz de repetir conceptos pertenecientes al pasado artificioso y grandilocuente que se había creado, y le fue imposible entender y analizar el vendaval de vitalidad, de anarquía, de renovación, que se le había precipitado encima. Los franceses, alarmados, sordos ya al discurso del Presidente, lo desautorizaron.

Pero no en balde habían vivido «felices» bajo el nacionalismo gaullista: eligieron a Pompidou — y tanto daba que hubieran escogido al orondo señor Poher —, el «cambio en la continuidad». Los notables, los propietarios, los empresarios, todos los pilares del sistema abandonaron los anacrónicos intentos de autarquía capitalista para acogerse al neocapitalismo interoccidental, navegante entre los Estados Unidos y Alemania. «Una Suecia con un poco más de sol», claro... pero sin tener para nada en cuenta principios de reparto socialista y combatiendo con encubierta ahinco las libertades, y en consecuencia, su influencia en la sociedad; impidiendo la dinámica múltiple y creadora. El mismo Servant-Schreiber, campeón de tecnocracias, ha repetido hasta la saciedad que en la acometividad industrial americana interviene más la inteligencia que el dólar.

En los países nórdicos, en Alemania, en Inglaterra, cada uno con su circunstancia, han abandonado un día u otro los métodos del simple conservadurismo defensivo para modificar, o intentar hacerlo, y en un sentido ascendente, su economía y su estructura social. La inacabable e incoherente efervescencia italiana proviene, en alto grado, del desequilibrio entre su grado de desarrollo socioeconómico y su tinglado político, según el patrón del clásico cabileño parlamentarista, sobre el cual se sostiene la poliforme y acéfala democracia cristiana. Estas «enseñanzas europeas» influyen poco en el Gobierno Pompidou: las manifestaciones anti-Vietnam, la huelga de los empleados de la energía eléctrica, las algaradas estudiantiles, son resueitas a base de los policías del ministro Marcellin. Paris, y soy testigo de ello, es una ciudad saturada de policías, a los que he visto actuar con decidida energía. ¿Y es la economía, la política, la enseñanza, un problema de orden público? Yo diría, con toda modestia y resueltamente, que no. El Gobierno francés opina que sí.

¿Mediocridad francesa? ¿Despertar después de de Gaulle? No lo creo. El campesino agitado, el obrero descontento, el estudiante inquieto, el burgués medio que teme otra devaluación monetaria y otro mes de mayo, todas estas personas ni son mediocres ni sueñan, sino que son ciudadanos de un país en aguda fase de estancamiento.

La Francia oficial casi nada tiene que ver, hoy, con la Francia Intelectual: la fructífera tradición francesa está en ésta y no en aquella. De Gaulle no era la encarnación de la grandeza francesa ni lo es Pompidou de su eficacia pragmática. La Francia que existió en los intelectuales, los profesores, los economistas, es radicalmente distinta a la representada por el Eliseo. La grandeza de Francia, la de cualquier país, se halla en su espíritu creador y no en el inmovilismo.

Baltasar PORCEL

Cámara Oficial de Comercio, Industria y Navegación de Barcelona

CICLO DE CONFERENCIAS PUBLICAS

DEDICADAS A LA DIVULGACION DEL IMPUESTO SOBRE EL VALOR AÑADIDO (I. V. A.) (EL IMPUESTO INDIRECTO DEL MERCADO COMUN)

Orden de las disertaciones

- Hoy viernes, día 12 **ILMO. SR. D. MAGIN PONT MESTRES**
Problemática general del I.V.A.
- Lunes, día 15 **ILTRE. SR. D. JUAN ALGUERO BALLESTER**
El I.V.A. en las operaciones mercantiles del sector exterior
- Martes, día 16 **ILTRE. SR. D. ALFONSO CARDELUS BARCONS**
El I.V.A. en las operaciones mercantiles del sector nacional
- Miércoles, día 17 **EXCMO. SR. D. RICARDO PIQUE BÀTLE**
Problemática administrativa del I.V.A.

Todas las conferencias serán pronunciadas a las 7.30 horas de la tarde en el Salón de Actos de la Corporación (Casa Lonja del Mar, Paseo de Isabel II, número 1)

REPARACIONES — ESPECIALIDAD



E. JULIBERT - Descartes, 12 (jto. Muntaner). Tels. 211-10-63 y 211-78-42

BALSAMO GERMANO CONTRA LOS SABAÑONES

No mancha las manos. De venta en todas las farmacias. Consulte a su médico. (C. P. S. 4.825)

JOYERIA SANTA ANA

IMPORTACION-VENTA AL MAYOR

COMPRAN

a particulares, piedras preciosas, alhajas, monedas y relojes antiguos, etc.

AUTORIZADOS OFICIALMENTE

facilidad en caso de pignoraciones

PERITAJES-TASACIONES

Santa Ana, 2. (Ramblas) Tels. 231 67 77-231 76 50-231 97 10



Cerdos sanos y sin problemas

VITALPORC
Super's

Para la semana siguiente al destete

Ronda Universidad 35
Tels. 222 89 06
232 13 50